

El socialismo, la sociedad sin clases, la
desaparición gradual del Estado: todo ello
parecía esperar a la vuelta de la esquina.
Muy pocos de los nuevos miembros tenían
una idea premonitoria de la sangre, el
sudor y las lágrimas que vendrían. El
intelectual se representaba a sí mismo
como un nuevo Prometeo, sólo que no
sería encadenado a la roca por la ira de Zeus.

Isaac Deustcher

Gian Enrico Rusconi
**Autonomía obrera y
contrarrevolución**

I

Al dar a esta nota interpretativa de los escritos políticos de Karl Korsch el título de *Autonomía obrera y contrarrevolución* queremos hacer hincapié en algo que no es únicamente una temática continua del autor. Estos dos términos —cuya consistencia y sobre todo correlación deben estudiarse— constituyen los polos, a veces explícitos y a veces subterráneos, de la problemática korschiana madura. Ambos integran y expresan plenamente los temas ya conocidos del Korsch teórico de los consejos y del Korsch crítico del marxismo histórico en sus fórmulas dogmáticas.

A mediados del decenio de 1930-40, en una carta escrita desde su exilio en Londres a su amigo y discípulo Paul Partos, Korsch se definía a sí mismo como "marxista en el sentido general, crítico y no vinculante de la expresión". He aquí una definición que muchos intelectuales de entonces (y de hoy) se habrían dado a sí mismos con una pizca de narcisismo. Pero en Korsch el marxista existe una intransigencia, una integridad y una susceptibilidad que lo convierten en un ortodoxo al revés. Durante su vida, esta actitud le costó el aislamiento político e intelectual (además del veto académico), y al ser "redescubierto" a partir de mediados de la década de 1960-70, una serie de equívocos de interpretación que apenas ahora pueden aclararse.

Fue sobre todo esta actitud la que le permitió no sólo "protestar cuando la teoría revolucionaria degenera en una mera ideología que es la fachada ideológica de una práctica de hecho oportunista", sino también juzgar los errores políticos (verdaderos o supuestos) de la clase obrera, de una manera tan severa y absoluta que sólo es igualada por lo absoluto del concepto de "acción proletaria autónoma" mantenido ininterrumpidamente por Korsch durante sus cuarenta años de producción. Se trata de un concepto que no requiere más determinación analítica que la referencia global a los acontecimientos, tales como, por ejemplo, la revolución de octubre de 1917 o las iniciativas de los anarcosindicalistas españoles en la década de 1930-40. Para Korsch, en el fondo, el concepto de la acción autónoma proletaria es evidente por sí mismo: se define mediante la negación de los errores cometidos históricamente. Cuando el proletariado actúa, se convierte en el sujeto constitutivo de la historia. La ausencia o la derrota

de su acción autónoma coincide inmediatamente con el surgimiento de la "contrarrevolución" como realidad totalizadora.

Con lo anterior hemos indicado cuál es el eje central del pensamiento político korschiano. Sobre este eje se injerta la problemática más compleja de la relación entre la economía y la política; no en abstracto, sino como acción económica y/o política de la clase obrera y de su antagonista (ya se llame capitalismo, fascismo o sencillamente contrarrevolución). En esta perspectiva debe releerse la crítica de Korsch al marxismo como ideología (que coincide con una parte de su aprobación política) y todos sus razonamientos teóricos. Ésta es una invitación a reinterpretar al autor no tomando únicamente en cuenta sus méritos y perplejidades filosófico-teóricas, sino comparándolo con sus intenciones políticas. Este es el único criterio de crítica immanente al autor.

La contribución teórica específica misma de Korsch al marxismo alemán coincide con el intento de verificar si resiste, por así decirlo, ante las exigencias de acción impuestas por los acontecimientos más recientes. En realidad, la secuencia trágica e ininterrumpida de errores y derrotas del movimiento obrero alemán durante la primera mitad del siglo se traduce en Korsch en una continua denuncia de la ausencia o ineptitud de su práctica política (o mejor dicho de la práctica de sus partidos y sindicatos) respecto a la que debería ser la "acción" revolucionaria auténtica. Sólo como consecuencia de esto se denuncia que el marxismo tradicional es teóricamente inadecuado para los fines del movimiento obrero.

A lo largo de este esquema de base se desarrolla la evolución del pensamiento político korschiano: desde una posición fabiana y socialdemócrata en un principio, hasta una fase de "ortodoxia" leninista, después de su experiencia de, los consejos; y de allí, por medio de una polémica sostenida dentro y en contra de la Tercera Internacional, su llegada a posiciones que convencionalmente se designan como de "ultraizquierda" y que señalan la madurez del autor o cuando menos su llegada a un punto irreversible.

La producción política de Korsch tiene un gran valor documental, aun para quien no acepte su posición crítica, que tal vez en la lectura de sus textos encontrará una confirmación de sus juicios. La perspectiva extremista con que se observa coherentemente la historia política del movimiento obrero alemán y europeo del último medio siglo es una ocasión para hacer reconsideraciones históricas y reflexiones políticas singularmente densas.

A diferencia del concepto de contrarrevolución —en su valor específico—, que puede datarse en Korsch hacia 1923-24, o sea cuando tuvo lugar el primer corte violento en su desarrollo político, la idea de la autonomía de la acción del proletariado está presente siempre en el autor, desde cuando puso su atención en los movimientos sindicalistas prebélicos. Aquí no nos ocuparemos de analizar al Korsch teórico y político del movimiento de los consejos,¹ sino únicamente delinearemos el aparato teórico-político con el cual afrontó su experiencia clave de 1923, aparato que se formó durante los diez años anteriores.

La espontánea expansión de la acción obrera y proletaria en el bienio de 1918-19 tenía fatalmente sus límites —a juicio del mismo Korsch— en su incapacidad para dar eficacia organizativa a sus propias fuerzas. El paso de Korsch al leninismo tiene lugar bajo el signo de la búsqueda de una organización política eficiente, ya que él nunca abrazó la hipótesis "pura" de los consejos ni compartió las visiones "espontaneístas" de tipo anarquista, sino que siempre tuvo presente la impreparación de las masas para hacer funcionar ellas mismas la economía moderna. Esto debe decirse claramente para no malinterpretar ciertas retrospectivas tardías del autor, que no son siempre coherentes. Por otro lado, Korsch puso su atención en el leninismo por medio de una perspectiva singular: como movimiento teórico y práctico que sigue la línea heterodoxa del sindicalismo revolucionario. También atribuyó al sindicalismo el origen del movimiento espontáneo de masas por la socialización, que tuvo lugar durante los meses más agitados de la revolución alemana: la exigencia de hacerse cargo directamente de la propiedad y de la gestión de la producción se salía del marco tradicional de la "conquista del poder", sobre la cual se había fosilizado hacía decenios la ortodoxia teórica y práctica de la socialdemocracia. Ningún medio "político" así comprendido —escribía entonces Korsch— lleva al socialismo hacia el cual tiende la acción espontánea del proletariado.

Es sintomático que en 1920 Korsch haya visto en el leninismo el elemento capaz de conciliar la acción espontánea "económica" de masas con su eficacia "política". Los actos democráticos de los soviets, organizados como "sistema" con un centro, serían capaces de conciliar las aspiraciones obreras a la autogestión con las necesidades técnico-productivas.

Este tipo de referencia al leninismo y al sovietismo estaba muy lejos de cualquier verificación concreta de las dificultades y contradicciones a que se enfrentaba en ese momento la experiencia. Más que nada, parece que Korsch no tenía un concepto de la política que comprendiera el sentido de las disyuntivas leninistas. La contraposición de la acción

¹ Una reflexión sobre este periodo de los consejos obreros puede verse en G. E. Rusconi, *La problematica dei consigli in Karl Korsch*, Annali del Istituto Giangiacomo Feltrinelli, *Storia del marxismo contemporaneo*, Milán, 1974, pp. 1197-230.

"económica" de las masas con la "política" refleja una concepción reductiva y pragmática de la política, la cual se identifica sencillamente como el conjunto de medidas legales e institucionales que se deciden desde arriba. El concepto de "economía", a su vez, se queda en lo ambiguo: por una parte parece indicar la totalidad de la estructura social —que está determinada marxistamente por el sistema económico— pero por la otra este mismo sistema económico tiende a identificarse de manera específica con la concepción, y constitución del trabajo (*Arbeitsverfassung*) que existe en cada periodo. En efecto, en su ensayo de 1922 sobre la *Legislación del trabajo para los consejos de empresa*, Korsch esboza una nueva "constitución del trabajo", que el proletariado debe expresar e imponer con la lucha contra la concepción burguesa, proponiendo así un nuevo modo de asociar la política a la economía, contrapuesto al que la burguesía formula y la social-democracia acepta.

Es un planteamiento que no desaparecerá ni siquiera al desvanecerse la preocupación de emplear estratégicamente la legislación como impulso de la lucha ideológica. En realidad, según el concepto korschiano de la economía, la idea de las leyes objetivas del capitalismo (que en parte siguen existiendo dentro de la nueva economía socialista de transición) coexistirá con la idea de que es necesario que la parte obrera controle, dirija y modifique hasta la raíz estas reglas de funcionamiento económico. La economía es pues vista como "el modo de trabajar", desde el punto de vista subjetivo del proletariado, que a su vez es la fuerza-trabajo. En este sentido, la transformación "económica" califica el contenido "político" de la acción obrera.

III

Ya hemos mencionado el fuerte corte en la evolución política de Korsch que causó el "octubre alemán" (1923). Los motivos y consecuencias de aquella derrota, a causa de la cual los "gobiernos obreros" de la coalición SPD/KPD en Sajonia y Turingia se vieron obligados a renunciar ante la intervención del ejército por orden del presidente de la república, el socialdemócrata Ebert, son expuestos por Korsch en el discurso que pronunció ante el *Landtag* de Turingia el 28 de febrero de 1924, algunos de cuyos pasajes centrales expondremos a continuación.

Según la versión taquigráfica de la sesión, el discurso de Korsch, se basó desde el principio en la comparación de los hechos y del trato diverso recibido por Sajonia-Turingia respecto a Baviera, donde Hitler había intentado dar un golpe de Estado. Surge la visión de un "fascismo" bávaro en el cual Hitler y los suyos no tienen más que un papel subalterno y ocasional en los

planes de las autoridades "legales". En comparación con los proyectos del fascismo nacional para marchar sobre Berlín, los supuestos actos "terroristas" de las "centurias proletarias" sajonas (que por lo demás estaban integradas en su mayor parte por socialdemócratas) no eran más que un pretexto para desembarazarse de los gobiernos obreros del centro de Alemania, como primer paso hacia la instauración de un fascismo "nacional" a cuya cabeza estaría el jefe del ejército, von Seeckt. En las palabras de Korsch tenemos ya toda la teoría del fascismo como expresión directa de la democracia capitalista, más allá de sus variables a veces legales y a veces ilegales, y de la socialdemocracia como "ala izquierda del fascismo". A estos argumentos se mezcla —en significativa contradicción— la tesis de la necesidad de defender la legalidad republicana (sobre la línea de la acción obrera de marzo de 1920 contra el putsch de Kapp) desde el momento en que la socialdemocracia no quiere o no puede cumplir con su tarea democrática. "No niego con ello —prosigue Korsch— que los comunistas hayan perseguido no únicamente el fin de defender la democracia contra el fascismo bávaro [¡Ah! —interrupción desde la derecha del diputado Herfurth— sino la creación de una república de consejos]. Nuestro objetivo histórico es la instauración de la dictadura del proletariado, y al enemigo que teníamos, enfrente, al ataque fascista que contaba con una cercana guerra civil, le responderíamos con la guerra civil. La violencia contra la violencia."² El que los comunistas no perdieran de vista su objetivo final —precisa Korsch— no significa que pensarán tontamente en una insurrección sin ton ni son, como en un disparo de revólver (así en cambio piensan algunos en torno a Hitler). Los comunistas sencillamente saben que en la fase actual el proletariado está bajo una constante amenaza, la cual lo autoriza a defenderse no solamente con los medios políticos y económicos, sino también militares.

Entre la agresión directa de octubre de 1923 y la nueva situación "legal" de febrero de 1924 (cuando está hablando Korsch), el fascismo ha cambiado sólo de forma, no de esencia. En realidad, únicamente el "fascismo" podía salvar en 1923 a Alemania de la bancarrota total (ocupación del Ruhr, hiperinflación, estado de sitio permanente), pero no el fascismo de Hitler sino el de Ebert y von Seeckt, el fascismo de la política de la producción a todo trance, de la abolición de la jornada de ocho horas, de la prohibición del partido comunista y de la represión generalizada contra la clase obrera revolucionaria. Si después de la represión, inesperadamente, las cosas mejoraron, no fue por un milagro de la "democracia", sino la señal de que Alemania tomaba su puesto en el contexto del fascismo y del capitalismo internacional, vestido con formas democráticas

² *Stenographische Berichte über die Sitzungen des III. Landtags von Thüringen*, vol. I, Weimar, s.f., p. 132.

Éstos son, indudablemente, los pasajes más tensos del razonamiento de Korsch, en los cuales se intenta distinguir el fascismo "bávaro" hitleriano del otro fascismo, más general y esencial, que coincide con la contrarrevolución.

Entendemos el movimiento que hoy se llama "fascismo" como la contrarrevolución consciente y planeada de la burguesía, que en algunos países progresa por obra principalmente de ciertas capas pequeñoburguesas, y en otros —como en el nuestro— de la gran burguesía y de sus agentes a sueldo, como son en su mayor parte nuestros agentes fascistas: agentes pagados por los capitalistas alemanes y franceses.³

Sin hacer caso de la creciente impaciencia de los miembros del Landtag, especialmente los socialdemócratas que lo interrumpen cada vez con mayor frecuencia y descortesía, Korsch emprende un ataque brutal contra la socialdemocracia, a la que llama sin tapujos "una fracción del fascismo alemán". Con el pretexto de escoger el mal menor, los socialdemócratas han apoyado todas las infamias de la dictadura fascista, y las han promovido y usado criminalmente contra el mismo proletariado."⁴

No podemos detenernos más en el largo y despiadado análisis, aunque paciente, que Korsch hizo de la conducta de los socialdemócratas en octubre y noviembre de 1923, el cual inevitablemente hizo volver la mente hacia atrás, a los acontecimientos de la revolución de noviembre de 1918. Pero nos interesa hacer notar que en Korsch, desde un principio, se manifiesta la condena sin remisión de la socialdemocracia, y sobre todo la tesis de la fascistización total e irreversible de la democracia burguesa. Estas actitudes korschianas nacen en un terreno de experiencia que todavía no conoce las expresiones más aberrantes del totalitarismo nazi (como por otra parte la denuncia de la contrarrevolución en la Unión Soviética será anterior a las degeneraciones stalinistas). Se trata de evaluaciones estrictamente políticas, cuyas raíces están en el esquema mental profundo del autor; estas evaluaciones filtrarán y seleccionarán rígidamente todas las experiencias ulteriores posibles.

En realidad, el fascismo y la contrarrevolución no son para Korsch fenómenos política y psicológicamente circunscritos y circunscribibles, sino contrafiguras totales de la derrota obrera, la cual a su vez no es analizada de manera determinada. El fascismo "verdadero" es el de la economía estabilizada a expensas del trabajo obrero, especialmente con la abolición de la jornada de ocho horas, cualquiera que sea su forma política.

³ Ibid., p. 138.

⁴ Ibid., p. 141.

La experiencia de octubre y noviembre de 1923 modifica los términos de la cuestión de la autonomía obrera sólo en el sentido que ya no se considera que ésta se mueve casi en un vacío político, como podía erróneamente parecer en 1918-19, sino ante la contraofensiva del capital. Todo esto, por otra parte, no altera la génesis y la naturaleza de la acción obrera. Al concluir su violenta catilinaria contra la socialdemocracia en el Landtag de Turingia, Korsch hace una declaración iluminante:

Ningún partido, ni siquiera el comunista, puede inventar por arte de magia ninguna lucha contra el capital, pero la única función de un partido es organizar estas luchas, hacerlas conscientes y guiarlas de manera que no sean ni ciegas ni terminen en la derrota o en el sacrificio, sino conducir las con claridad y sin ilusiones hasta el objetivo final. Un partido puede quitar obstáculos, hacer trabajo preparatorio por ejemplo destruyendo las ilusiones que los obreros todavía tienen y cultivan acerca de la democracia y el carácter de la socialdemocracia, pero las luchas mismas se originan en la situación económica y de ésta deben nacer sobre todo en la Alemania de los próximos años, se podría decir, como necesidad natural.⁵

Si no conociéramos la hostilidad que por aquellos años demostró Korsch hacia Rosa Luxemburgo, documentada por casi todos los escritos de su periodo leninista, se sentiría la tentación de hablar de luxemburguismo. En realidad, se trata de un punto en el que es evidente la influencia de la herencia de los consejos de obreros. Lo que es interesante señalar es la afirmación de que las luchas surgen espontáneamente de la "situación económica", como "necesidad natural". La aclaración de que "se podría decir" atenúa, pero no nulifica, esta afirmación que está presente en todo el contexto del discurso de que la economía es el factor objetivo determinante. Así se funden la visión objetivista de la economía y la expectativa de la acción subjetiva de clase, cuya falta de realización da origen a la contrarrevolución. Esta conexión directa que al principio permite distinguir rigurosamente la acción revolucionaria de la operación reformista, después facilitará un giro imprevisible: la denuncia de la construcción del socialismo en la Unión Soviética como una restauración del capitalismo, y en consecuencia como operación contrarrevolucionaria.

IV

⁵ Ibid., p. 159.

La temática de la acción obrera adquiere nuevos tonos apenas Korsch rompe con el movimiento comunista oficial. Ya el primero de mayo de 1927 nuevamente aparece, en la revista de oposición *Kommunistische Politik*, el concepto de la lucha económica sindical como impulso para la "constitución del proletariado como clase" (*Konstituierung des Proletariats als Klasse*).

El verdadero objetivo de las luchas económicas que guían y siempre deben guiar a los trabajadores en la defensa y el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y de vida dentro del orden existente de la sociedad capitalista no consiste en los éxitos más o menos positivos que así podrían alcanzarse o de hecho se alcanzan, sino en la constitución del proletariado como clase que se logra con las victorias y las derrotas durante y mediante estas luchas.

El nuevo interés de Korsch por la acción sindical no se limita a contraponer a los sindicatos reformistas socialdemocráticos el sindicalismo revolucionario representado por las Uniones y Ligas industriales autónomas (como por ejemplo la *Deutscher Industrie Verband*, en cuyo periódico colabora). El análisis del comportamiento de los sindicatos da pie a un razonamiento más general sobre la "ley dialéctica", según la cual ciertas formas de autonomía y de desarrollo de las fuerzas productivas (como fueron los sindicatos en su acepción original) se transforman en "cadenas" de las mismas fuerzas productivas. En su caso específico, Korsch piensa en las tendencias monopolistas de los sindicatos socialdemócratas alemanes (y de sus aliados cristianos y liberales) a representar —por medio de la obligación legal de formar coaliciones— a la totalidad de los trabajadores, dejando así fuera de la ley a los sindicatos revolucionarios. Con agudos argumentos, Korsch demuestra que los sindicatos reformistas, autolimitado su acción al campo económico, se enredan en una serie de contradicciones formales y esenciales. Y sobre todo, de organismos de lucha se convierten en aparatos de la represión estatal. Lo que Korsch denuncia es la corporativización de la clase obrera, la cual, con la ilusión de obtener garantías legales de algunos derechos adquiridos (olvidando haberlos obtenido sólo mediante la lucha), sacrifica su propia autonomía. Según Korsch, este proceso está teniendo lugar no únicamente en la Alemania de Weimar, sino también en la Italia fascista y en la Rusia soviética. Esta hipersimplificación del análisis korschiano (que quizás todavía es aplicable a algunos de nuestros contemporáneos), al cancelar toda determinación específica de los tres contextos mencionados, en realidad excluye toda posibilidad sensata de compararlos. Esta polarización sólo es posible porque en el momento en que Korsch identifica al proletariado

como "fuerza productiva" (y en consecuencia como elemento constante y objetivo de cualquier sistema industrial), lo postula, en cuanto tal, como sujeto político autónomo y antagonista de la economía existente. Mientras que cuando el proletariado está presente sólo como elemento económico (en el capitalismo liberal, en el capitalismo fascista y también en los países donde hay dictadura del partido stalinista), es inevitable que en el plano político domine la contrarrevolución, cualquiera que sea el disfraz con que se vista.

Esta es una construcción Lógica que no carece de sugerencias, pero toda ella abstracta porque postula, en lugar de investigar para conocer la realidad históricamente determinada del proletariado. No es casual que Korsch, encerrado en esta construcción lógica, llegue a la abstracción de una "ineluctable necesidad histórica", por la cual cualquier forma de "libertad" se convierte en una "nueva coartación y en antilibertad". Esta "diálectica" llega a su clímax en la oposición entre "libertad" y "Estado".⁶

El concepto de libertad que aparece en los escritos de Korsch de aquel periodo (1930, el periodo de la Anticrítica y Marxismo y filosofía) debe entenderse correctamente: no se trata de la libertad en sentido democrático y liberal, pues aun cuando habla de libertad de expresión para el individuo o para el grupo contra la dictadura del partido, se entiende unívocamente esta libertad como alternativa para la radicalidad revolucionaria. La "libertad" es la negación de cualquier vínculo revolucionario, en última instancia la negación del Estado mismo. En esta perspectiva, es claro que puede verse cómo se cierra el círculo de la contrarrevolución contra la libertad obrera por medio de los eslabones continuos de las organizaciones estatales o paraestatales "democráticas", "fascistas" o "soviéticas".

V

La "cuestión rusa" tiene una parte demasiado grande en la historia teórica y política de Korsch para que no nos detengamos en ella aunque sea brevemente.

En su fase leninista, Korsch no podía cerrar los ojos ante las contradicciones en que Rusia se debatía apenas terminada su fase de "comunismo de guerra". En la reseña del libro de Lukács sobre Lenin figura en resumen la lista de estas contradicciones, presentadas enfáticamente desde el punto de vista burgués:

⁶ Cf. *Das Problem Staatseinheit-Föderalismus in der französischen Revolution*, en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, XV, 1930, p. 144.

el mantenimiento, por parte de los bolcheviques, de la vieja estructura del partido y de la vieja dictadura "antidemocrática" del partido, aun después de su "regreso" al capitalismo; su obstinación en la tarea de preparar y organizar la revolución mundial, mientras el Estado proletario ruso trata de hacer la paz con las potencias imperialistas y de atraer al capitalismo imperialista a que colabore en la construcción de Rusia; la enérgica limpieza ideológica y el reforzamiento organizativo del partido proletario, mientras al mismo tiempo la política económica de la república de los soviets trata ansiosamente de impedir que se debilite la alianza con los campesinos.

No obstante, para Korsch éstas eran contradicciones cuya solución "dialéctica" se había iniciado ya. Más forzado todavía era el modo en que el autor, al criticar el libro de Stalin sobre el leninismo, se enfrentaba al espinoso tema del papel dirigente de los comunistas rusos ante los comunistas de Europa occidental, a quienes consideraban con excesivo celo, "principiantes del leninismo". Era un material explosivo que no podía permanecer contenido mucho tiempo en estos compromisos verbales tan frágiles.

Lo que Korsch debe afrontar, a partir de 1925, es un conjunto de datos reales que, tomados uno por uno para analizarlos serenamente, tienen peso y significado distinto, pero que combinados tienen un efecto destructivo. Se registra, sobre todo, la llamada "estabilización" económica y social de Alemania y de Europa, con la que se inicia un periodo de rápido desarrollo interrumpido luego con brusquedad por la crisis de 1929; para el Estado soviético, el principio de este periodo coincide con la urgente necesidad de emprender la marcha económica con base en el equilibrio político interno (relaciones entre la clase obrera y la masa campesina), que a muchos ya no les parece "socialista". La lucha de facciones y personalidades es sólo una variable del cuadro político ruso, que erróneamente es considerada (entonces y ahora) un elemento determinante de decisiones, cuyo motivo profundo en cambio es la dinámica objetiva del nuevo sistema. Más allá de la babel de lenguas ideológicas, la esencia del choque que tiene lugar en la Internacional Comunista es la interpretación y reacción política de ese conjunto de hechos, comenzando por la prioridad que se debe dar a cada uno y por el tipo de relación que existe entre ellos.

Korsch pone en primer plano las luchas de facción, aunque presentadas como manifestación directa del choque de intereses objetivos que tiene lugar en el país. La facción vencedora (Bujarin y Stalin) es considerada el portavoz no tanto de los intereses nacionales del Estado soviético, sino de los intereses específicos del "pueblo ruso".

No obstante, hojeando la revista korschiana *Kommunistische Politik* impresiona sobre todo el siguiente hecho: a pesar de la abundancia de datos, informaciones y consideraciones socioeconómicas, el eje del razonamiento se concentra en las acusaciones ideológicas de "revisionismo", "oportunismo", etcétera. Se presenta un recurso paradójico a la ortodoxia, en un momento en que la realidad da concretamente la oportunidad de llevar a la práctica la actuación histórica del marxismo proclamada por Korsch, La "cuestión rusa" pone a Korsch entre la espada y la pared: o acepta y racionaliza los acontecimientos de Rusia como continuación y realización del marxismo en un contexto nuevo, reconociendo ante la falta de acción de las masas proletarias ("gigante hueco que desconoce su propia fuerza", como dice con imagen muy plástica) la necesidad de que el papel político del partido y del Estado sea casi exclusivo, o debe rechazar y condenar: estas realidades de hecho, con base en un llamamiento ideológico a la ortodoxia. He aquí una contradicción de la cual prácticamente nunca se liberará.

A pesar de este planteamiento defectuoso, son innegables la exactitud y penetración de cada uno de sus análisis críticos, que hasta hoy siguen conservando toda su fuerza. A este respecto puede verse, por ejemplo, su crítica a la idea del "socialismo en un solo país", o su negativa a considerar al Estado soviético como "la totalidad que comprende el movimiento obrero mundial" en vez de una de sus partes, aunque sea prominente. No faltan tampoco análisis, como por ejemplo en el ensayo *La cuestión de Trotsky*, que anticipan sus observaciones sobre el jacobinismo político de los años siguientes.

El hecho de que Korsch interprete la "estabilización" del capitalismo en Europa como una invención "oportunista" requiere otro tipo de consideraciones.

A primera vista, es comprensible que Korsch y otros representantes de la "izquierda intransigente" hayan podido negar la evidencia de un nuevo equilibrio económico y político de la república de Weimar a partir de 1924-25 (que en cambio Korsch aceptaría tranquilamente años después, en sus escritos históricos retrospectivos). La ultraizquierda podía ciertamente referirse a la permanencia de algunos desequilibrios estructurales graves, como las altas cifras de desocupación, el bajo nivel de vida de la clase obrera y su relativa debilidad. Pero estos datos no interesan a Korsch, porque la lógica del diagnóstico que se presenta en la Plataforma de la izquierda (1926) se mueve en otro nivel: en la catastrófica situación económica y social de Europa y del mundo, la estabilización es sencillamente una contraofensiva política del capital. Así, la estabilización iniciada mediante el plan Dawes,

es sólo el primer paso en la búsqueda de los caminos con los cuales el capitalismo y el imperialismo estadounidense y europeo tratan de salir de su crisis y de su fase de depresión, procurando organizar más eficientemente el capital, al mismo tiempo, que conquistan nuevos mercados y explotan los ya existentes con mayor intensidad. Todos estos intentos están condicionados por la explotación y la represión cada vez más dura de la clase proletaria. El capitalismo sólo puede tener esperanzas de prolongar su vida con base en una nueva derrota y represión del proletariado.

Esta interpretación ultrapolítica de la estabilización como contraofensiva del capital sacrifica todas las consideraciones específicas del dato económico en aras de su significado político final. Reaparece así el esquematismo, que en la economía ve la necesidad objetiva de una caída (y en la política burguesa un mero ejercicio de coacción y de represión), a la cual el proletariado no contrapone una estrategia articulada y realista,⁷ sino únicamente la necesidad de la acción revolucionaria. Está completamente ausente el análisis del desarrollo específico del aparato económico capitalista dentro del marco de las democracias liberales ante el fascismo y, más adelante, del New Deal. Consecuentemente, falta también el cuadro específico de referencia, dentro del cual se constituye, inclusive subjetivamente, el proletariado industrial moderno. Ante la política obrera se coloca una disyuntiva imposible: adaptarse a la economía capitalista (ésta es, para Korsch, la alternativa de la socialdemocracia y del stalinismo), o —en ausencia de acciones directas de autogestión obrera (como las que aparecerán después parcialmente en la España revolucionaria)— proyectarse en una mera negación de la economía existente y de su Estado. "Quien tome como punto de referencia los medios de producción existentes en la actualidad lógicamente debe no sólo renunciar a la revolución proletaria en favor de una reforma capitalista, sino también capitular finalmente ante el fascismo". El contexto de donde procede esta afirmación (1935) —la crítica al programa del American Workers Party— es en verdad mucho más convincente, pero el resultado final de la crítica es el mismo.

VI

⁷ Korsch y la "izquierda intransigente" proponen sin duda el "control revolucionario de la producción", la reiniciación del movimiento de los desempleados en coalición con la lucha sindical general, y dar nueva vida al movimiento de los consejos de empresa y de los comités de control. Pero la proposición es tan genérica que en el plano realista no se diferencia de las "consignas" de los comunistas oficiales y de la misma ala izquierda de la socialdemocracia.

La visión política de Korsch a principios del decenio de 1930-40 es tan carente de perspectivas realistas, que la llegada de Hitler al poder y la rápida consolidación de la dictadura nazi no parecen representar, para él, el mismo trauma que para otros marxistas alemanes. Es como si todo se diera ya por hecho, inclusive la persecución a la que se le sometió. Las características histórico-sociológicas y psicológicas del nacional-socialismo son absorbidas en el juicio global sobre el fascismo como fenómeno temporal (diríamos hoy). Sin embargo, Korsch hace un análisis crítico detallado en su trabajo *Nuevo orden de la constitución alemana del trabajo*, publicado en 1934 por un grupo comunista internacional en Holanda. La posición ultraizquierdista de Korsch tiene por objeto diferenciarse de la posición, a primera vista análoga, de los comunistas oficiales en el periodo de 1930-33. Estos —según nuestro autor— quizás se equivocan acerca de los resultados del nazismo (como última fase del capitalismo, después de la cual se llegaría indudablemente a la dictadura del proletariado) de manera análoga al autoengaño de Marx en ocasión de la contrarrevolución bonapartista en Francia. *En Estado y contrarrevolución*, ensayo publicado en 1939 en la revista *Modern Quarterly*, se lee:

Hay poca diferencia entre este autoengaño de Marx (y también de Guizot y de Proudhon) y las grandes ilusiones cultivadas por los comunistas alemanes y sus protectores rusos desde que en 1933 Hitler tomó el poder. Aclamaron la victoria de un fascismo abierto y no falsificado sobre el que hasta entonces habían definido como disfrazado y por ello más odioso, el socialfascismo, o sea el predominio político del partido socialdemócrata. Preveían una rápida caída del nuevo gobierno contrarrevolucionario, que llevaría a la revolución proletaria, y aclamaron su propia derrota y la de todas las tendencias progresistas de Alemania y de toda Europa como una "victoria del comunismo"⁸

Este es un punto crucial para la revisión crítica del marxismo por parte de Korsch. Al aislarse progresivamente de cualquier compromiso político, en realidad intensifica su reflexión teórica e histórico-política. Esta se mueve en diversos planos: uno más estrictamente científico, que gravita alrededor de su monografía sobre *Karl Marx* y los trabajos aparecidos bajo el título de *Dialéctica y ciencia en el marxismo*; una reconstrucción histórico-política de las más significativas experiencias de la acción proletaria revolucionaria, que le dan pie para un razonamiento sobre el Estado; la insistencia casi obsesiva en que el fascismo y la

⁸ *State and Counterrevolution*, en *Modern Quarterly*, 1939, n. 2, p. 65.

contrarrevolución son un fenómeno de la época; y en fin una reflexión crítica sobre el pensamiento político de Marx.

A lo largo del decenio de 1929-39 se publica una serie de trabajos en que se encuentran expuestas las principales tesis de Korsch sobre el Estado.

Según las célebres palabras de Marx; el "verdadero secreto" de la Comuna de París consistió en que era el gobierno de la clase obrera, "producto de la lucha de clase de los productores contra la clase propietaria, o sea la forma, finalmente descubierta, con la cual podía realizarse la liberación económica del trabajo". De manera análoga, todos los revolucionarios marxistas vieron en el sistema de consejos (soviets) de la Rusia revolucionaria la continuación de la Comuna y la realización del socialismo. Todo esto es cierto —precisa Korsch en *La comuna revolucionaria*— pero sólo históricamente, porque hoy en día

nosotros los militantes de la clase proletaria no podemos ni siquiera subjetivamente seguir creyendo, sin ningún cambio ni verificación, en el significado revolucionario de la idea de los consejos ni en el carácter revolucionario del gobierno de los consejos como directa continuación de la forma política de la dictadura proletaria "descubierta" hace medio siglo por los comuneros parisinos.

Ante la flagrante contradicción entre el nombre y la realidad de la "república soviética", no basta recriminarle su "traición" y su "degeneración". Es necesario comprenderla y explicarla, admitiendo, también para las organizaciones e ideas de la clase obrera, aquella dialéctica histórica según la cual toda forma de desarrollo de las fuerzas productivas y de la acción revolucionaria se convierte en una cadena de las mismas. Por lo demás, la forma de la Comuna es una invención de la burguesía en los albores de su proceso revolucionario: fue un momento del mecanismo de su constitución como clase. Marx no esperaba ningún resultado milagroso de la "forma política de la constitución comunera en sí", aparte de su contenido de clase. Precisamente por ser indeterminada, la "forma" comunera se prestó al cambio de su función de clase.

En verdad —prosigue Korsch en su segundo ensayo sobre la Comuna— en Marx existe una contradicción entre la exaltación de la "forma política finalmente descubierta" de la acción emancipadora obrera, y la falta de determinación y polivalencia de dicha forma política. Si históricamente es innegable que sólo la experiencia de la Comuna convenció a Marx de la necesidad de destruir la estructura existente del poder constituido, y no limitarse simplemente a conquistarlo (como había dicho todavía en 1864 en el *Discurso inaugural de la Asociación*

Obrera Internacional), es igualmente cierto que Marx "tuvo buen cuidado de no predicar como forma política de la dictadura proletaria un régimen del tipo de la Comuna". La misma directiva del Consejo general de la Asociación Internacional de 1871 no debe considerarse una evaluación objetiva e independiente de los acontecimientos, sino un escrito con el cual Marx pretendía no sólo ligar el marxismo a la Comuna, sino también la Comuna al marxismo. En la polémica contra los anarquistas y federalistas, Marx se vio obligado a acentuar directa o indirectamente las características centralistas de la Comuna que eran incongruentes con su verdadera esencia, y a insistir en diferencias meramente formales (la milicia, la unión de poderes ejecutivo y legislativo, la sustitución de funcionarios). Así se creó una gran confusión no solamente acerca de la interpretación correcta de la Comuna histórica, sino también sobre las posiciones y expectativas ante el Estado de "los consejos". Así surgió la convicción errónea de que hay "formas constitucionales" que, en cuanto tales, eluden el carácter represivo del Estado. Korsch también rechaza la tesis leninista de que un Estado "de la mayoría del pueblo contra los opresores" es el principio de su propia extinción. Sobre este punto Korsch es intransigente: hasta que no surja una sociedad sin clases, el Estado de transición (ya sea el Estado tradicional conquistado sin transformaciones radicales según las ilusiones de los reformistas, o el Estado del nuevo tipo anhelado por los leninistas), se distinguirá del Estado burgués únicamente por su naturaleza de clase y por su función social, pero no por su forma política. O sea, como se lee en otro texto de la misma época: "Mientras la clase obrera tenga necesidad del Estado, es decir, durante todo el periodo de la transición revolucionaria de la sociedad capitalista a la comunista, este Estado de la dictadura revolucionaria del proletariado seguirá siendo en su forma política un Estado burgués."⁹

En la medida en que prohíbe cualquier prefiguración afirmativa de la estructura política de la sociedad futura, y en la que tiene buen cuidado de evitar cualquier afirmación enfática de la creatividad espontánea del proletariado, Korsch no puede ir más allá de la reflexión detallada de las formas políticas revolucionarias del pasado. Son pues éstas unas formas burguesas, que de manera más o menos subrepticia se incorporaron como modelo a la ideología socialista, aun a la de matriz marxista.

Korsch recorre dos caminos para llegar a esta tesis: el primero, decididamente teórico, es la reflexión de la relación Hegel-Marx como "transferencia" de categorías y conceptos de la dialéctica idealista (nacidos de la revolución burguesa) en un sistema teórico que, por el contrario, habría debido responder a criterios originalmente proletarios; el otro es la

⁹ *Das Problem Staatseinheit-Föderalismus*, cit., p. 141.

delineación más precisa de las características "jacobinas" aparecidas en el debate histórico de federalistas y unitaristas durante, la revolución francesa y con referencia a ella.

Si es verdad que el Estado unitario centralizado es el resultado final de las luchas de la burguesía contra las clases que le eran hostiles, lo contrario es falso: que el principio federalista signifique automáticamente la superación del Estado burgués. La historia de ayer y de hoy demuestra cuáles y cuántos son los contenidos regresivos que están tras el principio federalista. No es una casualidad que los revolucionarios de convicción federalista, como Proudhon, hayan renunciado a este prejuicio para salvar en el, centralismo los contenidos de la revolución. Otro error típico (de perspectiva historicista) es el de dar por sentado el tipo de Estado que finalmente se afirma como criterio de evaluación de la revolución y de su significado. Por el contrario, es necesario —afirma Korsch— partir de la contradicción entre el "movimiento" revolucionario y el "resultado de hecho" que se ha creado. He aquí la verdadera contradicción que anima a la revolución, y no la que existe entre la "política" y la "economía", sobre la cual insisten hasta ciertos marxistas. Tal idea, lejos de ser opuesta, es complementaria de la teoría burguesa jacobina del Estado. Y en efecto una gran parte del socialismo francés y europeo ha creído ser "lo que completa social y económicamente" la constitución de 1793, como si únicamente se tratara de extender el ámbito económico y social de una democracia que ya existe en el plano político. Por razones diversas, Marx y Lenin rompieron con esta contradicción proclamando la necesidad de un "nuevo" Estado proletario,

pero la diferencia esencial de este nuevo Estado de la dictadura del proletariado con la dictadura burguesa jacobina reside a su vez en sus fines, en sus funciones y en sus gestores —en suma, en su esencia económica y social— y no en alguna diferencia en su forma política.¹⁰

Obsérvese que Korsch no pretende dar una versión del Estado proletario distinta de la de Marx y Lenin: sencillamente pone en guardia contra su naturaleza. Por lo demás, también la necesidad de destruir el antiguo Estado ya había sido suficientemente demostrada por el desarrollo de la gran revolución burguesa, por los Siéyes y Brissot, por los Robespierre y Saint-Just, y por los jefes anónimos de la insurrección comunera de 1792. Pero hay algo más. La concepción marxista del Estado como "violencia organizada y centralizada de la sociedad", aprovechada por la burguesía contra el proletariado pero también utilizable en sentido inverso por el proletariado contra sus enemigos, presupone la existencia de un Estado "sin clases"

¹⁰ Ibid., p. 139.

(*klassenlos*) en su forma política. Es de nuevo la concepción jacobina de Robespierre, quien en un famoso discurso pronunciado ante la Convención habló del "puñal ensangrentado que brilla tanto en las manos del asesino como en las del héroe de la libertad". Un Estado así concebido encarna la contradicción de la revolución en cuanto tal, contradicción que no debe buscarse, como en la doctrina burguesa, entre un partido revolucionario y otro contrarrevolucionario, ni como en la doctrina marxista tradicional, entre la economía y la política, sino "en el movimiento inmanente de la revolución misma, considerado conscientemente de manera activista y subjetiva".¹¹

En realidad, y a pesar de esta afirmación, Korsch seguirá moviéndose precisamente entre esas dos maneras de concebir la contradicción política: relación entre revolución y contrarrevolución, relación entre economía y política. A propósito de esto merece una breve consideración la crítica que Korsch hizo en 1935 al programa del American Workers Party.¹²

Korsch aprecia que en el programa existe la voluntad subjetiva de no dejarse encantar por el New Deal, cuyas características semifascistas son percibidas claramente, de rechazar el concepto estadounidense de la política, y de proclamar un "Estado obrero basado en los consejos obreros, entendido como instrumento democrático para resolver las contradicciones del sistema capitalista mediante el paso a la transición a la sociedad comunista". Toma nota de que la plataforma económica del AWP considera la crisis actual —aun cuando pueda ser superada temporalmente— como el principio del fin del capitalismo. Pero le falta —objeta Korsch— una serie de análisis del concepto de "economía planificada" y de sus características capitalistas-fascistas, y sin embargo, se habla positivamente de la planificación en la URSS y de la futura planificación en la "nueva sociedad". Esto es un síntoma de que el programa en cuestión, en lugar de ser un "ataque revolucionario contra la totalidad del capital", podría resultar un medio de promover ataques parciales.

El enfoque crítico de Korsch, guiado por el acostumbrado esquematismo de ortodoxia negativa, tiene algunos puntos interesantes cuando trata el tema de la economía. Ve el defecto fundamental del programa en la manera en que se denuncia la contradicción central del sistema capitalista, pues se habla en él de contradicción entre el "aparato productiva" capaz de satisfacer las necesidades básicas de la humanidad, y el "sistema de relaciones sociales" que impide dicha satisfacción. Para Korsch esto es equivalente a abandonar la contradicción

¹¹ Ibid., p. 143.

¹² El American Workers Party se formó por iniciativa de la Conference of Progressive Labor Action, que en 1929 se había separado de la American Federation of Labor. A fines de 1933 se constituyó un comité provisional del AWP, al cual se adhirieron, entre otros, intelectuales como Sidney Hook y James Burnham. En 1934 fue publicado su programa, con el título de *Toward an American Revolutionary Labor Movement. Program of the American Workers Party*.

marxista entre "fuerzas productivas" y "relaciones de producción", que se traduce inmediatamente en contradicción y lucha entre la clase propietaria y la clase proletaria. Si la contradicción se ve en la "distribución", de que se ocupa mal la clase capitalista, y en cambio se deja fuera la "producción", se olvida que esta última es absolutamente una función de la "distribución" capitalista; se olvida que según el sistema actual de trabajo y de división del mismo, el obrero y su máquina forman una sola unidad, y que el ejército de desempleados es una de las funciones que determinan tal aparato. Aceptar el actual sistema de producción significa no sólo renunciar a la revolución, sino capitular ante el fascismo. Sólo el "Estado fuerte" es capaz de hacer frente a las crisis generadas por la competencia desenfrenada en los mercados y por la rebelión de los obreros. Este Estado fuerte es capaz de defender al sistema capitalista no sólo contra los trabajadores, sino también contra los capitalistas individuales o agrupados. He aquí una verdad conocida no sólo por la pequeña burguesía aun cuando padece bajo el fascismo, sino también por amplias capas populares, obreras y subproletarias.

Naturalmente, a Korsch no le interesa ni la dinámica ni la extensión de este potencial consenso popular para el Estado contrarrevolucionario. Se preocupa únicamente de proclamar la inconsistencia de este Estado porque existe la clase obrera, que es "la mayor fuerza productiva". Pero una vez más, aparte de la denominación genérica de los obreros de la industria básica, la clase obrera no se determina de modo más preciso.

El examen de la parte del programa dedicada a la acción sindical da a Korsch la ocasión de volver sobre el problema de la supuesta prioridad de la política sobre la economía, la cual, según él, en el mejor de los casos tiene sello revolucionario-jacobino (Lenin), y en el peor lo tiene radical-burgués (la socialdemocracia). La fórmula con la cual aparece de nuevo este error en el programa del AWP es la subordinación de todas las "organizaciones de masas" a la actividad política del partido, inclusive los sindicatos, cuyo carácter especial en comparación con otras formas de organización no se reconoce.

Como sucedió una vez en la socialdemocracia alemana, ahora también en el AWP, tras la pretensión ideológica de la primacía del partido sobre los sindicatos, se esconde en realidad una tendencia práctica opuesta a someter su teoría política revolucionaria al predominio de las organizaciones sindicales de masas y a su práctica, que se orienta hacia sus propios intereses y no a los de la revolución.

Con inexorable exactitud, la experiencia alemana y europea se convierte en el modelo negativo de la historia y el destino del movimiento obrero extraeuropeo. La superación y las síntesis de la economía y la política, afirmadas unilateralmente por el leninismo y el

sindicalismo, proclaman realizadas exclusivamente en la acción revolucionaria efectiva. Esta es la lección que darán pocos años más tarde los acontecimientos sobrevenidos en España, aun cuando Korsch echará en cara a la CNT y a la FAI el error opuesto: el menosprecio del momento político en la conducción de la acción revolucionaria.

VII

El encuentro de Korsch con Estados Unidos, a pesar de las esperanzas que en un principio depositó sobre todo en el desarrollo de las ciencias exactas y sociológicas, se reveló estéril aun desde el punto de vista político; a ello se agregó la frustración por no haber obtenido reconocimiento académico. En una carta escrita el 12 de junio de 1939 a su amigo Partos, se lee lo siguiente: "En lo que a mí se refiere, desgraciadamente no he podido hasta ahora llegar a ninguna conclusión tampoco en este país. Esta vez es culpa de mi indolencia y aversión al comportamiento realista, características que tú bien conoces, más intensas que cuando me encontraba en Alemania o emigrado en Europa."¹³ Por muy sutiles que sean estas interpretaciones psicológicas, el sentido de frustración de Korsch hace pensar en razones mucho más profundas que forman parte de su aparato teórico, construido sobre un universo ya cerrado a la experiencia y que por ello lo obligaba a moverse únicamente en una espiral autocrítica y depresiva. Es natural que en una carta escrita pocas semanas después se formule una tesis que introduce directamente uno de los temas dominantes durante su exilio en Estados Unidos.¹⁴ En ella dice: "todo el movimiento obrero del pasado, en todas sus formas, realmente

¹³ Las cartas que citaremos a continuación figuran en la selección aparecida bajo el cuidado de M. Buckmiller y Götz Langkau en el n. 2 del Jahrbuch Arbeiterbewegung. *Theorie und Geschichte*, a cargo de C. Pozzoli y editado por Fischer Taschenbuch, Frankfurt del Meno, diciembre de 1974; esta cita está en la p. 218. Señalemos que el n. 1 del Jahrbuch, de diciembre de 1973, fue dedicado en su totalidad a Karl Korsch. Mencionaremos otros pasajes que figuran en este anuario. Aquí, quisiera únicamente recordar las largas conversaciones que sostuve con mi amigo Buckmiller, siempre ricas en reflexiones y conocimientos estimulantes.

¹⁴ Naturalmente, no hay que olvidar que de 1934 a 1938 una de las preocupaciones centrales de Korsch fue la redacción de su libro sobre *Karl Marx*, que era un trabajo *sui generis* para el "público culto burgués" (como escribió a Mattick el 10 de mayo de 1935), escrito también con la intención de ganarse un lugar, mediante él, en el mundo académico de Estados Unidos. Por lo demás, acerca de este punto Korsch es bastante ambivalente. Por una parte, no está dispuesto a abandonar por oportunismo ninguna de sus posiciones. "revolucionarias" (su renuncia a criticar abiertamente a Marx y a señalar sus limitaciones, como en cambio estaba haciendo al mismo tiempo en sus colaboraciones a las revistas de la izquierda radical, es una señal de esta actitud); por la otra, su interés en las ciencias sociales estadounidenses es auténtico, y responde a su profunda componente científico-pragmática. Cultiva con atención particular sus relaciones con su amigo el psicólogo Kurt Lewin (que había conocido desde el decenio de 1920-30 cuando Lewin publicó en la serie editorial de que se encargaba Korsch un trabajo sobre la socialización). Fruto de esta colaboración fue la ponencia presentada en 1939 al V Congreso Internacional de la "Unity of Science".

sólo ha preparado el progreso interno del capitalismo, iniciado por el “fascismo” en forma contrarrevolucionaria pero desarrollado y asegurado a nivel mundial por todos los sistemas capitalistas”. La historia se ha detenido bajo el signo de la contrarrevolución mundial, pero también se ha detenido el propio razonamiento korschiano. La guerra contra el nazismo, lejos de abrir nuevas perspectivas, es solamente “otro paso gigantesco hacia la fascistización de Europa, si no es que todo el mundo” (dice en *The Fascist Counter-Revolution*, en 1940). Se trata de un tema que, de modo obsesivo y paralizante, reaparece en todos sus escritos de aquellos años. Se reproduce, exasperado, el esquematismo lógico de la década de 1920-1930, inclusive el postulado de la acción obrera antagonista. También vuelven a aparecer contradicciones, o por lo menos graves incertidumbres. Así, por una parte se asegura que el “secreto de la actual guerra” es su totalización, que podría crear las premisas par el poder social y político de los “obreros de uniforme y consecuentemente de la clase obrera en su conjunto”; por otra parte, sin embargo se recuerda que las guerras burguesas siempre han terminado con un imperialismo contrarrevolucionario, razón por la cual las luchas revolucionarias deberán esperar hasta que termine la guerra. En un contexto dedicado a la

Korsch también tuvo frecuentes contactos con los miembros del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, para entonces en el exilio, especialmente con Pollock y Horkheimer, a quienes estimaba personalmente (a diferencia de otros miembros, de los cuales ha dejado mordaces retratos —no muy diferentes de los de Brecht, que son mucho más cáusticos). Sus contactos con Horkheimer parece que tenían el fin de obtener su colaboración para un libro acerca de la “dialéctica” (la que habría sido la *Dialéctica del iluminismo*, proyecto que pronto fue abandonado). Korsch se mantuvo en contacto con otras instituciones y universidades estadounidenses, pero con excepción de breves y esporádicas colaboraciones y financiamiento, no logró ganarse un lugar permanente. Uno de los obstáculos que le impiden abrazar la vida académica es que se le considera un marxista serio (cosa que en el fondo lo halaga). A pesar de ello, en julio de 1937 todavía le escribe a Brecht que proyecta escribir dos libros de sociología (y en otra parte habla de que quiere tomar como modelo el trabajo de Thomas y Znaniecki sobre los campesinos polacos), que respectivamente serían uno acerca de *Social Forces and Social Movements*, y el otro libro de texto acerca de las *Social Theories*. Ninguno de estos proyectos se realizará: el planteamiento mental y la tensión política de Korsch son demasiado diversos.

El círculo de sus interlocutores, aun políticos, es siempre muy restringido. Escribe en las revistas de la izquierda estadounidense más radical, especialmente en las de Paul Mattick *International Council Correspondence* (1934-37), *Living Marxism* (1938-41), y *New Essays* (1942-43). Korsch está consciente de los objetivos de estas revistas y de su irrelevancia para la opinión pública (Véase una descripción y evaluación de ellas en C. Camporesi, *Il marxismo teorico negli USA, 1900-1945*, Feltrinelli, Milán, 1973.) Los mismos lazos con Mattick (intelectual de origen obrero, militante del partido comunista alemán, emigrado a Estados Unidos en 1926 y organizador de grupos obreros radicales en Chicago: su obra más reciente, publicada ya en español es *Marx y Keynes*, Ediciones Era, México, 1975) no le impiden hacer de él un juicio limitativo: en una carta a Partos del 26-29 de julio de 1939 Korsch escribe que Mattick y la gente como él creen tener un espacio político sólo porque el partido comunista no hace nada, “pero siempre se trata de sólo de una nueva estrofa de la vieja y larga canción según la cual el KAP (para resumir con este nombre histórico todo lo que está a la izquierda del KPD, y que es mejor que la designación inadecuada de trotskismo, inventada por el mismo partido) puede y debe hacer lo que el partido comunista habría debido hacer en una situación completamente carente de perspectivas, cuando cualquier iniciativa sólo puede conducir a la desilusión, al perjuicio de los obreros y al descrédito”. En el epistolario korschiano encontramos juicios aún más negativos sobre Anton Pannekoek, a pesar de sus elogios oficiales al libro escrito por éste sobre Lenin. A Pannekoek lo juzga como ingenuo incurable que cultiva utopías soviéticas en la ultracapitalista Holanda.

contrarrevolución en la Unión Soviética no desaparece la esperanza de que se produzca una pura y simple insurrección de las masas contra Stalin”.

En nuestra opinión, no se debe buscar en este nivel de enunciación de tesis generales la posible contribución de Korsch a la reflexión crítica de nuestro tiempo, aun cuando algunos de sus pasajes sean sugerentes, como el que se refiere al desarrollo política de la URSS, que se desvía del modelo cíclico burgués de revolución-termidor-restauración.

Lo que interesa, más que otra cosa, es ver cómo bajo la influencia de las perspectivas políticas negativas evolucionan las reflexiones de Korsch sobre Marx, hasta llegar a su ensayo de 1948 y a su tesis de 1950 acerca del marxismo. Para documentar esto nos serviremos de las cartas escritas por Korsch a Paul Partos, de cuyo conocimiento el lector podrá deducir elementos importantes para la comprensión de los textos por así decirlo “públicos”, que aparecieron en las revistas.

En una carta (escrita todavía desde Londres) del 26 de abril de 1935, se lee que para Korsch “ahora ya no es posible hacer previsiones positivas de manera determinada sobre la acción de mañana”. Naturalmente, un teórico siempre puede hacer previsiones que tengan importancia práctica, como decenios antes había hecho Sorel. Pero Sorel tenía todavía a sus espaldas la realidad de un movimiento obrero, aunque estuviera en decadencia, y una tradición burguesa todavía no destruida. En cambio, en la situación de ese momento y particularmente en Estados Unidos, todo depende no de lo “subjetivo”, sino del decurso de la crisis, en el sentido del más vulgar economicismo. En una carta de cuatro años más precisa políticamente:

Aquí en Estados Unidos todo es aún prehistoria, ciertamente prehistoria de una historia grande y radical. Ausencia de todo punto de contacto. Aquí se pueden hacer y decir cosas erróneas, no entendidas e incomprensibles, si no se quiere uno encerrar y tener una parte muy limitada en el trabajo de Sísifo contra la acción envenenadora del partido comunista. Pero de esta manera difícilmente podría evitarse provocar una lucha de los intelectuales burgueses contra la clase obrera. Lo mismo es válido para el trabajo sindical revolucionario. Si se quieren combatir los *closed shops* y otros "elementos fascistas", o siquiera la más estentórea corrupción y las monstruosidades burocráticas cometidas contra los mismos obreros, se actuaría inevitablemente en favor de la burguesía y el capital y contra la clase obrera.¹⁵

¹⁵ En Jahrbuch, n. 2, cit., p. 225.

Este juicio inquietante lo repite Korsch también con relación a Europa, aunque en modo diverso, en relación a las probabilidades de que al terminar la infausta guerra civil en España, exista allí una "resistencia obrera".

Tu opinión [de Partos] sobre las mejores posibilidades de organizar la resistencia en España, que en Alemania o en Italia, son bastante interesantes. Pero creo que en un breve periodo de tiempo todo esto llevaría otra vez a un estrangulamiento trágico. La inmensa energía revolucionaria y el valor y la preocupación de los obreros españoles para evitar todos los errores no bastarían por sí mismos. Casi es mejor no hacer nada mientras a nivel europeo no hayan cambiado profundamente las relaciones existentes.¹⁶

En una carta posterior (la ya mencionada de julio de 1939), Korsch trata de explicar en forma más general el fracaso de los obreros:

Creo que se puede identificar la causa del "fracaso en realizar las tareas revolucionarias" de los últimos veinte años en el hecho de que se quería y se debía encontrar un camino que representara algo más que un simple "completar" idealmente al partido comunista. En este sentido, la única contribución histórica efectiva la han dado los anarquistas españoles, pero bien sabes lo doloroso y breve que fue.¹⁷

Estas evaluaciones histórico-políticas acompañan en la carta a ciertas consideraciones teóricas más generales. Siempre respondiendo a algunas afirmaciones de Partos sobre las "nuevas formas *políticas*" que éste creía ver en el nuevo capitalismo, Korsch lo rebate:

¿Y por qué precisamente "políticas"? Me parece que "lo económico" se está convirtiendo cada vez más en el elemento principal y dominante de todas las formas políticas. El "nacimiento de una reacción revolucionaria, consciente y madura de la clase obrera" yo no la veo en mi imagen del futuro (imagen que, por supuesto, no es mucho más clara y completa que la tuya; hoy en día hay que escoger sólo entre ideas claras, pero indudablemente equivocadas y obsoletas, y una cierta confusión sobre el futuro cercano).¹⁸

¹⁶ Ibid., p. 218 (carta del 12 de junio de 1939).

¹⁷ Ibid., p. 226.

¹⁸ Ibid., p. 222.

La visión política más pesimista del "maestro" Korsch ante su "discípulo" Partos no impide al primero tomar a menudo posiciones en favor del marxismo, de su método y su *Weltanschauung*, contra la crítica demasiado destructiva y negativa de Partos. A este propósito debemos remontarnos a una carta de algunos años antes (del 25 de noviembre de 1935) — cuando Korsch estaba trabajando en su *Karl Marx*— para encontrar confesiones y consideraciones que echan una luz importante sobre los tiempos y modos en que se desarrolló el pensamiento korschiano en su conjunto.

Como sabes —escribe Korsch— en mi periodo "ortodoxo" siempre afirmé que el núcleo propiamente revolucionario de la teoría económica de Marx está en su "crítica", o sea en la disolución crítica de la "economía política" burguesa por su misma naturaleza [...] En mis últimas clases del invierno de 1932-33 he cambiado un poco mi punto de vista. He demostrado que —visto con mayor atención— la contribución crítica es muy modesta en comparación con el contenido económico de *El Capital*, y que sus puntos críticos están muy poco desarrollados; también he demostrado que una crítica real, aun de la economía clásica, sólo se encuentra en el primer volumen de *El Capital*, redactado por el mismo Marx, mientras en los manuscritos elaborados y publicados por Engels y Kautsky (segundo y tercer volúmenes de *El Capital* y *Teorías de la plusvalía*) Marx se presenta únicamente como crítico de la economía vulgar, demostrándose en cambio fiel discípulo y seguidor de la economía clásica en ciertos detalles de las teorías del dinero, de la ganancia, etcétera. Entonces yo, para cambiar, he hecho de la posición teórica y práctica de Marx hacia la *política* mi punto de partida para distinguir "entre lo que está vivo y lo que está muerto" del marxismo. Había un nexo entre el carácter burgués de la política de Marx y el no haber perseverado en la transformación crítica de la economía burguesa en una ciencia directamente social, y por consiguiente en una praxis directamente revolucionaria.¹⁹

Marx —continúa Korsch—, que se había acercado a la teoría revolucionaria proletaria por medio de los comunistas franceses y de Proudhon, se comportó como demócrata radical durante los acontecimientos de 1848-49, no haciendo caso a "las peticiones autónomas de clase ni a la organización obrera" específica. También en los años subsiguientes, adoptando conceptos y palabras blanquistas, hizo hincapié en sentido exclusivamente "político" en los términos de la revolución proletaria. El aspecto teórico de esto fue que Marx ciertamente

¹⁹ Ibid., pp. 160-61.

desarrolló relativamente bien la crítica *histórica* de las categorías económicas (y Sorel va demasiado lejos al poner esto en duda), pero proclamó sólo en abstracto la "superación" de la economía hasta convertirse en una ciencia *directamente social*, en vez de llevarla a la práctica —excepción hecha de algunas frases (por ejemplo política = economía concentrada; la violencia misma es una potencia económica), citadas a menudo por los marxistas como tranquilizantes para la conciencia revolucionaria, frases que ilustran de manera todavía más cruda que se sostiene la oposición en la elaboración científica "normal". También aquí la teoría corresponde a la praxis: partido político y lucha "económica" de los sindicatos se integran a "la totalidad", por medio de la dirección política del partido revolucionario. Desde el punto de vista de la caracterización histórica, puede decirse que la radicalización de la lucha política mediante la economía y la indicación del carácter "político" de la propiedad son genuinamente jacobinas.²⁰

Los dos pasajes de la carta escrita a Partos son demasiado importantes (aun para releer críticamente su obra *Karl Marx*) para no transcribirlos ampliamente. A través del esquema crítico de Marx se reflejan los posibles contenidos de la perspectiva política korschiana ("posibles" porque, como hemos visto, están todavía muy lejos de convertirse en realidad).

A la matriz jacobina de la posición política de Marx se atribuye la prematura parálisis de la crítica teórica a las categorías económicas de la ciencia burguesa y la consecuente falta de desarrollo de una "ciencia directamente social" que corresponda a una práctica social revolucionaria en sentido proletario. Precisamente ésta última había sido sacrificada por Marx en 1848-49, envuelto en la dinámica revolucionaria burguesa que jacobinamente subordina a la lucha "política" la lucha y los contenidos "económicos". O como dice Korsch en su ensayo de 1938 *El marxismo y las tareas actuales de la lucha proletaria de clases*:

Marx, desde el principio hasta el fin, definió su concepto de clase en términos en última instancia políticos, y en los hechos —si no en las palabras— subordinó las numerosas actividades desarrolladas por las masas en su lucha cotidiana a las actividades que los líderes políticos realizan en interés de dichas masas.

Pero ¿por qué habría hecho Marx este sacrificio de la autonomía obrera, si poco antes de la explosión revolucionaria había puesto en el *Manifiesto* las bases teóricas y políticas del nuevo movimiento obrero? ¿Por qué renunció Marx a un programa de revolución proletaria —

²⁰ Ibid., pp. 161-62.

ciertamente utopista— a cambio de una mitología no menos utópica basada en los conceptos burgueses de "democracia revolucionaria", "guerra revolucionaria" contra Rusia, etcétera, Korsch no encuentra otra explicación que la persistente herencia jacobina, que entre otras cosas se sigue expresando en la comprensión equivocada del significado y las dimensiones de la "contrarrevolución" que necesariamente sigue a la derrota obrera. En su ensayo de 1948 sobre *La posición de Marx en la revolución europea de 1848*, Korsch dice:

la tesis de que la política de la contrarrevolución bonapartista y bismarckiana debe verse como una simple continuación del desarrollo revolucionario precedente recibió una gran aprobación en el periodo siguiente, no sólo de los historiadores burgueses, sino también de los marxistas y otros teóricos socialistas, entre los cuales ciertamente no se hallaban los peores.

Las consecuencias de esta ambigua posición volverán a aparecer en la polémica entre Marx y Lasalle, y aun más tarde en la polémica sostenida por Marx y Liebknecht contra Lasalle y Schweitzer. Éstos pretendían llegar, de las posibilidades revolucionarias implícitas en la contrarrevolución, a una alianza táctica con el poder contrarrevolucionario mismo. Por el contrario, según Marx, que no dejaba de reconocer el carácter progresista de algunas concesiones, hechas por la reacción a los obreros y contrarias a la burguesía, el partido obrero de ninguna manera podría comprometer con la reacción su propia autonomía (*Selbständigkeit*).

Como se ve, a pesar de todas las críticas, Marx es siempre un punto positivo de referencia para. Korsch, aun en la producción de sus últimos años, de la cual sólo quedan fragmentos inspirados que vuelven con insistencia, una y otra vez, a la lección de la economía marxiana. En realidad, Marx es siempre un punto firme no sólo porque es autor del *Manifiesto* y enemigo de cualquier "conciliación" táctica al estilo de Lasalle (éste es un motivo que se relaciona directamente con las evaluaciones hechas a este propósito en el remoto 1922), sino sobre todo porque el análisis económico del capitalismo hecho por Marx sigue siendo válido. A la margen de sus críticas al Marx político, en la carta dirigida a Partos anteriormente mencionada Korsch afirma:

así como el capitalismo de hoy y de mañana, tan distinto del de tiempos idos, es siempre y de todas maneras "capitalismo", así se puede llamar todavía socialismo-comunismo-marxismo a la teoría y la praxis del único movimiento realmente anticapitalista, con todo y que necesariamente haya sufrido mutaciones.

Nos encontramos así, nuevamente, ante la ortodoxia de la lección económica del marxismo, que en la evaluación; general de Korsch tiene un papel ambiguo, si no es que contradictorio. Desde este punto de vista merecen ser interpretadas con atención las *Diez tesis sobre el marxismo de hoy* (1950). Tomadas aisladamente, sobre todo las tres primeras, fuera del contexto del desarrollo del pensamiento korschiano, son la enunciación de una radical relativización del marxismo; pero en realidad son una formulación extrema y ocasional de una problemática mucho más compleja —la que aquí hemos tratado de delinear. Si las tesis representaran la formulación definitiva de la crítica korschiana al marxismo, no se comprenderían muchas partes de los escritos inéditos contemporáneos y posteriores (nos referimos por ejemplo a un trabajo mecanografiado de 1952, en donde se recoge positivamente el concepto leniniano del "desarrollo desigual" del capitalismo).²¹ No se entendería "el sueño" de los últimos años, formulado de manera total en una carta dirigida a Ruth Fischer (y repetido a Erich Gerlach en diciembre de 1956):

estoy siempre poseído por mi sueño: restaurar teóricamente las "ideas de Marx" aparentemente destruidas después del episodio Marx-Lenin-Stalin.

El problema de la "restauración" del marxismo no es filológico, sino político. Se trata de volver a crear una teoría política del hacer revolucionario, que esté a la altura de las sociedades industriales avanzadas, y cuyo objetivo sea "la intervención planificada en la estructura económica por parte de las clases hoy excluidas". Es la única manera de incorporarse a la herencia del marxismo, histórico,²² que irreversiblemente ha pasado por las experiencias de la socialdemocracia clásica, de la socialdemocracia weimariana y del leninismo-stalinismo.

²¹ Este manuscrito mecanografiado de pocas páginas es uno de los muchos que se conservan en el Instituto internacional de Historia Social en Amsterdam. Se trata de trabajos fragmentarios y de poca extensión (excepto el ensayo intitulado *Buch der Abschaffungen*, de unas treinta páginas), que son más un testimonio de la frase más inspirada de las últimas reflexiones korschianas que un desarrollo propiamente dicho del pensamiento.

²² "Una crítica absolutamente pertinente de las concepciones leninistas y después sobre todo stalinistas no puede ser llevada realmente adelante por Korsch porque la cuestión más importante aquí aludida, en la cual se concentran todas las dificultades de su pensamiento, o sea la *constitución de los objetos y de la objetividad de la experiencia*, mediando la praxis histórica, no es desarrollada en su aspecto *formal* ni siquiera por Marx, y en consecuencia Korsch no la puede hacer suya." Tal es la tesis central del ensayo de Negt dedicado a la "problemática de la constitución de Korsch": *Theorie, Empirie und Klassenkampf. Zur Konstitutionsproblematik bei Karl Korsch*, en *Jahrbuch Arbeiterbewegung. Theorie und Geschichte*, 1, *Über Karl Korsch*, a cargo de C. Pozzoli, Fischer Taschenbuch, Frankfurt del Meno, diciembre de 1973, pp. 107-37 (esta cita está en la p. 130). Es un intento muy interesante aunque no lineal en su desarrollo ni tampoco carente de incongruencias, que en el fondo expresa más la problemática sobre la que está trabajando Negt, interpretando las amplias necesidades teóricas de la nueva izquierda alemana, que un criterio adecuado para interpretar a Korsch. Ambas cosas, naturalmente, están conectadas. Korsch es siempre un autor profundamente ligado al movimiento teórico y

político de la segunda mitad de la década 1960-70, y es interesante que siga siendo leído críticamente por quien representó en ese movimiento un momento teórico importante.

Para empezar, la Konstitutionsfrage que ha sido enunciada más arriba, comprende muchos aspectos: a] el problema de la "verdad objetiva" (gegenständliche Wahrheit) en el sentido de sus tesis sobre Feuerbach; b] la determinación de la praxis revolucionaria como dialéctica entre la producción y la lucha de clases constituía precisamente estructuras objetuales y necesidades de las sociedades; c] la necesidad de una "investigación social materialista", sin la cual la teoría de Marx perdería su contenido empírico. Ante esta articulación del problema de la constitución, se reconoce a Korsch un modo particular de declinarla en tres contextos: la praxis revolucionaria como socialización, la formación del proletariado como clase y el problema del derecho al trabajo. Pero en Korsch sobre todo la problemática de la constitución estaría presente como "fundamento de su crítica de la teoría del reflejo" de la cual por lo demás descienden todas las dificultades gnoseológicas de su teoría. En realidad, no nos parece que Negt logre llevar adelante de manera orgánica y convincente todos los elementos mencionados más arriba. En definitiva, el razonamiento crítico de Negt gira alrededor de dos ejes: el problema de la formación de la experiencia proletaria, y la determinación de la praxis como un todo que comprende la producción y la lucha de clases —todo ello desde el punto de vista de la subjetividad del proletariado. Es innegable que se trata de una perspectiva legítima, que sirve también para interpretar el pensamiento korschiano, en gran parte planteado del lado del sujeto proletario, siempre que se demuestre que sus límites teóricos y sobre todo *políticos* derivan de la falta de desarrollo de esta problemática. Negt demuestra sin muchos trabajos que el razonamiento de Korsch sobre el proletariado como fuerza productiva se queda siempre en lo "ya conocido", de este lado del análisis determinado de cómo se constituye concretamente el proletariado (objeción que hemos hecho en varios pasajes de nuestro texto). Negt precisa: "en cuáles *formas* la clase obrera, entendida como fuerza productiva, modifica y constituye la realidad empírica determinada por la producción de mercancías, por la abstracción real del valor y sus formas fenoménicas de racionalidad técnica, derecho formal y burocracia —estas interrogantes, para Korsch, no se ponen al nivel de la investigación histórico-material" (op. cit., p. 130). Por el contrario, se trata de un razonamiento sumamente importante para comprender el nacimiento y la lógica del revisionismo, contra el cual Korsch luchó tan encarnizadamente. No obstante, tampoco Negt desarrolla de esto un razonamiento político. Excepto su reconocimiento del valor "constitutivo" de la lucha organizada (que trataremos más adelante), su preocupación fundamental es la de afirmar la existencia de una "experiencia" específicamente proletaria, de "contextos vitales proletarios" y, en consecuencia, de una ciencia capaz de abarcarlos. "La ciencia materialista ligada a un determinado modo de producción y de comunicación está comprendida en el *contexto vital proletario* en el cual se organizan de manera específica las experiencias de las masas. Los momentos de mediación que determinan el *continuum* de experiencia entre la ciencia proletaria y la lucha de clases, o sea las formas fenoménicas deformadas por la esencia de la producción capitalista, las únicas que el proletario individual puede experimentar [...], están completamente ausentes de la teoría de Korsch" (p. 134). Es innegable que en Korsch no existen estas dimensiones; es más, agregaremos que la denominación, presente en algunos de sus escritos, de la dialéctica materialista como fantasía crítica capaz de disolver los mundos cerrados de la experiencia dada en un nuevo mundo libre del pensamiento, no tiene otro efecto que el de exacerbar —aun cuando sea con una utopía, positiva— la ausencia de análisis del horizonte real de la experiencia.

Pero la ciencia proletaria que quiere Negt, que afirma de modo aporético la existencia de una experiencia "proletaria" contrapuesta a la "burguesa", anticipando a nivel categorial lo que debería ser el núcleo mismo de la investigación, ¿resuelve los problemas eludidos por Korsch? Si es verdad que "la lucha de clases no es más que una forma de la constitución objetual, y ni siquiera la más importante en el interior de la producción de mercancías", si es verdad que la lucha se desarrolla en un contexto objetual-institucional "preconstituido" por el modo capitalista de producción y por el dominio burgués, aun cuando se anticipen proposiciones alternativas, ¿cuáles son las consecuencias teóricas y prácticas que hay que sacar, para evitar el callejón sin salida a que llegó Korsch? Aquí el razonamiento de Negt, a pesar de los numerosos elementos que comprende y quizás por ellos precisamente, se hace incierto y va más allá de la crítica de Korsch. Puede atribuir la falta de una correlación fundada entre las componentes del pensamiento korschiano (necesidad de una ciencia empírica objetiva, crítica de la economía política, lucha de clases) a que la praxis no se concibe como "totalidad concreta de la producción, del proceso material de la producción, del proceso constitutivo de los objetos de las clases en lucha", totalidad que en Korsch se sustituye por la ambigua especulación entre teoría y praxis. Pero en el plano de la estrategia y de la teoría política, encontramos también en Negt el mismo postulado de la "actualidad" histórico-mundial de la "revolución", aun cuando no esté en la orden del día. Se trata de una "contradicción que hay que comprender y llevar a sus consecuencias prácticas organizativas", y Korsch —según la opinión de Negt— sería útil para este fin porque su teoría "está cerrada a cualquier utilización afirmativa orientada hacia fines institucionales. En su contenido crítico-revolucionario esencial, es la contraparte neta del marxismo como ciencia legitimadora" (p. 137).

El blanco de la crítica de Korsch es la pretensión "monopolista" del marxismo, tal como se ha ido codificando históricamente, de interpretar y guiar la acción proletaria. Ésta última es, histórica y políticamente hablando, mucho más vasta y amplia que el marxismo histórico, forjado por experiencias particulares e irrepetibles.

El intento de Korsch, que no carece ni de contradicciones ni de paradojas, consistió en llevar esta tesis a sus últimas y extremas consecuencias, no mediante un razonamiento teórico y político alternativo, sino siendo siempre firmemente fiel a las "ideas de Marx", en caso necesario contra el mismo Marx.

[Tomado de K. Korsch, *Scritti Politici*, introducción de G. E. Rusconi. Ed. Laterza, Roma, 1975. Traducción Roberto Gómez Ciriza.]